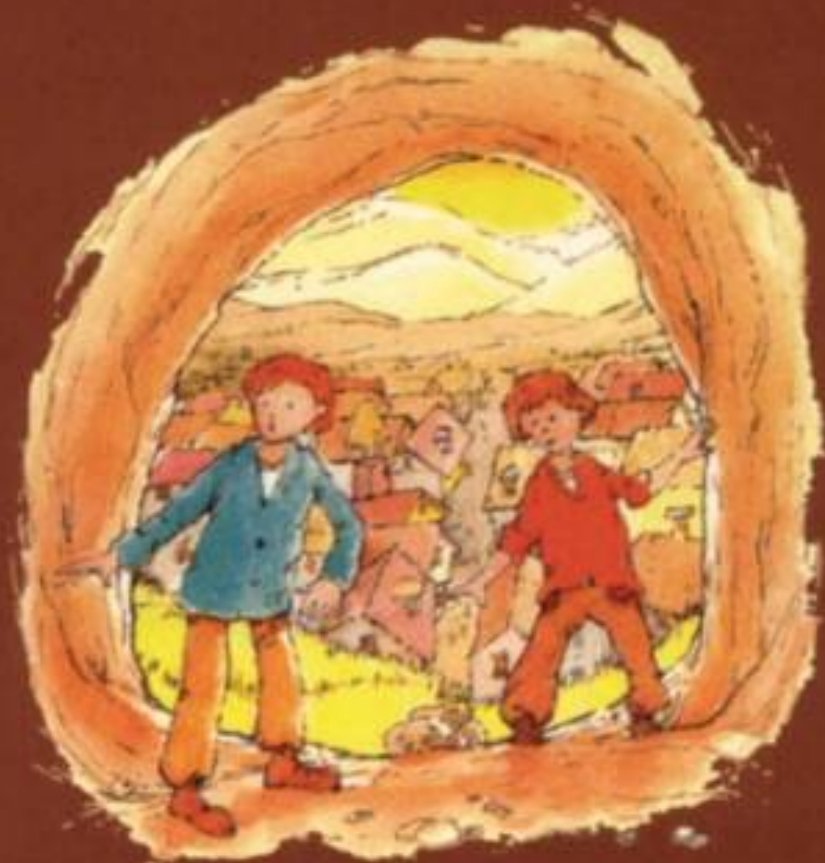


Thomas Hardy

Nuestras hazañas en la cueva



Con un estilo impecable, el autor de esta novela de aventuras narra la historia de dos muchachos en vacaciones que, por casualidad, descubren cómo alterar el curso de un río y ponen en conflicto a dos poblaciones vecinas. La obra, además de acción y suspenso, ofrece posibilidades de reflexión sobre los conflictos humanos.

CAPÍTULO I

DE COMO COMENZAMOS A EXPLORAR BAJO TIERRA

En una soleada tarde de comienzos de otoño —no voy a decir cuántos años hace—, desmonté de una calesa pintada de color verde ante la puerta de una casa de labranza del pueblo de West Poley, en el condado de Somerset. Había yo cumplido los trece años y, aunque algo pequeño de estatura para mi edad, era fuerte y activo. Mi padre era maestro y vivía a unas veinte millas de ahí. Venía invitado por mi tía Draycot, viuda de un agricultor, quien, junto con su hijo Stephen, o Steve, como todos sus amigos lo llamaban, manejaba aún la hacienda que había quedado en manos al morir su marido.

Steve salió al instante para recibirme. Era dos o tres años mayor que yo, alto, delgado, rubicundo, y también algo mandón. Se desprendía de él esa fuerza que, más que poder intelectual, nos sugiere (como decía Carlyle de Cromwell) «denuedo: el valor y la facultad de obrar».

Cuando concluyeron los primeros saludos, me dijo que su padre no estaba en casa pero que pronto volvería.

—¿Sabes Leonard? —continúo con bastante tristeza—. Quiere que sea agricultor toda la vida, igual que mi padre.

—¿Y por qué no ser agricultor toda la vida como tu padre? —dijo una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos y vimos a nuestro lado a un hombre de aspecto pensativo, vestido con ropa gastada pero de buena

hechura que se había detenido un momento cuando iba hacia el pueblo.

—El camino recto suele ser el mejor para los chicos —continuó, sonriendo—. Pueden estar seguros de que las profesiones de las que saben poco son tan fatigosas como las que conocen bien: lo que las hace seductoras es solo su lejanía.

Y diciendo esto, inclinó la cabeza y siguió su camino.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Oh!... No es nadie —dijo Steve—. Es un hombre que ha estado en todo el mundo y ha probado toda clase de oficios, pero no se ha enriquecido con ninguno y ahora se ha retirado a su pueblo para vivir tranquilo. Él mismo se llama el Hombre que Fracasó.

Después de esta explicación pensé tan poco como Steve en el Hombre que Fracasó. Ninguno de los dos era entonces lo suficientemente viejo como para saber que los derrotados en la batalla del mundo son a menudo los mismos que, demasiado tarde para ellos, tienen la más clara visión, de lo que contribuye al éxito. Por el contrario, los hombres que triunfan quedan con frecuencia cegados por la agitación de su propia marcha.

Para cambiar de tema dije algo del pueblo y de la granja de Steve: que me alegraba ver que estaba tan cerca de los montes, a los que esperaba subir antes de regresar a mi casa. Había creído que los montes eran mucho más altos y se lo dije a Steve sin disimulos.

—Puede que no sean muy altos, pero hay mucho dentro de ellos —dijo mi primo mientras entrábamos en la casa, como si pensara que mi crítica era excesiva—; mucho más de lo que crees.

—¿Dentro? —dije. Piedra y tierra, me imagino.

—Algo más que eso —dijo él—. Habrás oído hablar de las Cuevas de Mendip, ¿no?

—Pero están cerca de Cheddar —repliqué.

—También hay una o dos en esta parte —respondió Steve—. Te las puedo enseñar mañana. La gente dice que hay muchas más, solo que no hay forma de entrar en ellas.

Después de mi desilusión con la altura de los montes me sentí bastante incrédulo respecto al número de las cuevas, pero al decírselo, Steve me contestó:

—Creas lo que creas, el otro día entré en una de ellas: el Bolsón del Diablo... Es la caverna más cercana, y he descubierto que lo que se supone es el final no lo es, ni mucho menos. Desde entonces quiero ser explorador y no agricultor y, diga lo que diga ese viejo, creo que estoy en lo cierto.

En aquel momento llegó mi tía y pronto nos llamó a cenar. Durante el resto de la tarde no se habló más de las Cuevas de Mendip.

Para nosotros dos habría sido mejor que nunca más se dijera nada de ellas, pero el destino era otro, como muy bien tengo razones para recordar.

Steve no olvidó mis palabras, que parecían indicarle una falta de estima hacia las cualidades de su región natal. Al día siguiente, cuando regresaba a casa después de trabajar, volvió al tema y me dijo de repente:

—Si vienes conmigo, Leonard, te voy a enseñar algo de lo que contienen los Mendip. Pero tenemos que ir sin llamar la atención. A mi madre no le gusta que me meta en esos lugares, porque me lleno de barro. Ven aquí a ver los preparativos que he hecho.

Me llevó al establo y me mostró un buen surtido de cabos de vela; también un trozo de tabla con agujeros en los que las velas podían encajar, y terminaba en un extremo en forma de mango. También había reunido unos trozos de pan y de queso, además de algunas manzanas. Me convencí entonces de que unas cavernas que exigían tales preparativos tenían que ser algo más grandes que las simples hoyas de grava que me había imaginado, pero no dije nada y acepté la excursión.

Como era la época de después de la cosecha, en la que no había mucho trabajo en la hacienda, la madre de Steve podía prescindir de él con facilidad y dejarlo «que me enseñase los alrededores», como él dijo, y así nos marchamos con nuestras provisiones y nuestras velas.

Al cabo de un cuarto de milla, o quizás un poco más — porque mis recuerdos en cuestión de distancias no son muy precisos—, llegamos a la boca de la cueva llamada Bolsón del Diablo. El camino pasaba junto a las casas del pueblo y al molino, y cruzaba el arroyo, que procedía de un copioso manantial que surgía a cierta altura en la ladera del monte. Me parece oír aún el ruido acompasado de la rueda del molino cuando pasamos a su lado, como si todavía estuviera girando... ¡Pero cuántos años han transcurrido desde que aquel sonido llegó por última vez a mis oídos!

La boca de la cueva estaba tapada por arbustos y la ladera en que se abría era, según me parece recordar, casi vertical, estaba claro que el lugar era bien conocido por los aldeanos y que allí jugaban muchos chicos, como se podía ver por las huellas. Pero la cueva, como otras de las cercanías, apenas había sido examinada entonces por turistas y hombres de ciencia.

Entramos sin ser advertidos, y en cuanto nos hallamos dentro Steve encendió un par de velas y las sujetó a la tablilla. Con esta en la mano me fue mostrando el camino. Anduvimos sobre un terreno algo desigual, y la novedad de la marcha me impresionó al comienzo de una manera agradable. La luz de las velas era suficiente para revelar solo las estalactitas más cercanas, mientras que los recovecos lejanos de la caverna quedaban casi en sus misteriosas sombras primitivas. De cuando en cuando, Steve se volvía y me acusaba maliciosamente de estar asustado, acusación que yo (como lo haría naturalmente cualquier chico) negaba con mucha resolución. Recuerdo, sin embargo, aún ahora, que en más de una ocasión sentí algún recelo.

—Pues yo..., yo he estado aquí cientos de veces —decía con orgullo Steve—. Los chicos de West Poley venimos aquí continuamente para jugar al escondite y no nos importa meternos sin ninguna luz. Vamos, es como mi casa. Te dije que te enseñaría el interior de los Mendip y lo voy a hacer.

De modo que seguimos adelante. Estábamos ya en las entrañas de los montes Mendip, que es una cadena rocosa calcárea que alcanza desde las orillas del canal de Bristol hasta el centro del condado de Somerset. Desde aquellos tiempos se han encontrado en estos parajes esqueletos de grandes animales extinguidos y restos de hombres prehistóricos, pero en la época de la que estoy escribiendo la ciencia no era tan afanosa como lo es hoy, y los chicos solo podíamos hacer suposiciones sobre cuestiones de las que los de la generación actual están bien informados.

El confuso resplandor de las estalactitas que continuamente habíamos visto por encima, fue descendiendo más y más sobre nuestras cabezas, hasta que al final, las paredes de la cueva parecieron detener nuestro avance.

—¡Vaya! Aquí es donde todos piensan que termina el Bolsón del Diablo —exclamó Steve, deteniéndose sobre un aglomerado de estalagmitas y arrojando en torno los destellos de las velas—. Pero has de saber —añadió— que hay un pequeño arco que descubrimos hace unos días... otros chicos y yo. No pasamos por él, pero si estás de acuerdo, nos podemos divertir metiéndonos en él y viendo hasta dónde llegamos. He traído todas estas velas a propósito.

Steve dejaba traslucir lo que sentía: que existía cierta grandeza en una persona para quien el misterio de las cuevas era simple niñería, porque había nacido muy cerca de ellas. Es justo decir que no estaba totalmente equivocado, porque era un muchacho verdaderamente valeroso, capaz de hacer frente a los peligros sin titubear.

—Me parece que sería mejor dejar la diversión a un lado —le respondí riendo—, pero vamos adentro.

Así pues, seguimos adelante, nos agachamos y entramos por la baja arquería que, a primera vista, no parecía ser más que un pequeño entrante. Lo seguí pegado a sus talones. El arco daba paso a un estrecho túnel o galena, inclinado hacia abajo, que terminaba en otra cueva. El suelo de esta se extendía en una bella planicie de arena y guijarros mezclados con algunas rocas. Por el centro de esta que podríamos llamar playa subterránea, corría un diáfano arroyo. Si mi pensamiento hubiera estado en mis libros de estudio, podría haber supuesto que habíamos descendido al Averno y alcanzado las orillas de la Estigia, pero no tenía yo entonces en la mente mis estudios de la antigüedad clásica.

Más allá de la corriente, y algo elevada, podíamos ver una atrayente cavidad en la piedra cristalizada, semejante al ábside de una iglesia gótica.

—¡Qué tentador! —exclamó Steve, al tiempo que elevaba sobre su cabeza las velas y miraba al otro lado—. ¡Si no fuera por esta franja de agua, podríamos pasar y subir a ese rincón arqueado y sentarnos allí como reyes en un trono de cristal!

—Puede que no sea tan maravilloso cuando nos acerquemos —le sugerí—. Pero, si vamos a eso, bastaría una pala para desviar bien pronto la corriente y hacerla entrar a aquel hueco.

Porque en aquel momento había descubierto yo a la izquierda una abertura baja, semejante a una boca humana, a la que se precipitaría la corriente con solo echar a un lado una ligera barrera de arena y guijarros.

Steve miró hacia ella y me felicitó por la agudeza de mis ojos.

—Sí —dijo—; podríamos suprimir el dique cavando y seguro que el agua se iría derecho al agujero. ¡Y lo vamos a hacer!, ¡vamos por una pala!

Yo no esperaba que pusiera en práctica la idea, pero apenas lo dijo ya estábamos en acción. Volvimos sobre nuestros pasos y en unos instantes nos hallamos de nuevo

al aire libre, donde la luz repentina nos deslumbró durante un tiempo.

—Quédate mientras corro a casa —dijo Steve—. No tardaré mucho.

Me pareció bien y él se fue corriendo. Volvió en muy poco tiempo con la pala, y de nuevo nos adentramos en la cueva. Ahora el encargado de las velas era yo. Cuando pasamos por la galería a la segunda cueva, Steve me mandó que encendiera otras dos y las pegara a una roca para tener luz suficiente con que trabajar. Lo hice, y mi fornido primo comenzó a emplear con ánimo la pala sobre el dique de arena y piedras.

El obstáculo capaz de haber torcido el curso de la corriente en ángulo recto quizás durante siglos, era sumamente frágil. Casos como este, de obstáculos ligeros que resisten un embate continuo, se dan a menudo en la naturaleza en escala mucho mayor. Por ejemplo, el Chesil Bank, que une la península de Portland, en Dorset, con la tierra firme, es una faja de guijarros sueltos, pero resiste, gracias a su superficie inclinada y amplia curva, el poderoso oleaje del mar del Canal cuando este se lanza sobre la ribera empujado por las más furiosas borrascas del sudoeste.

Al cabo de uno o dos minutos, parte del susurrante caudal descubrió la abertura que estaba haciendo Steve, y comenzó a correr por ella. El agua lo ayudó en el trabajo que le quedaba, llevándose, por cada palada que él echaba atrás, diez más. Recuerdo que yo era en aquel tiempo lo bastante infantil como para aplaudir al ver un caudal cada vez mayor del arroyo precipitarse en forma de cascada por la sombría sima, por la que era posible que jamás hubiera corrido antes o, por lo menos, nunca en el periodo humano de la historia de la tierra. En menos de veinte minutos toda la corriente había tomado aquella nueva dirección tan sosegadamente como si tal hubiese sido siempre su curso. Lo que antes había sido su cauce se fue secando gradualmen-

te y vimos que podíamos cruzarlo a pie enjuto con facilidad.

Rápidamente pusimos en práctica esta posibilidad y llegamos así al bello y resplandeciente nicho que nos había tentado a emprender nuestra obra de ingeniería. Llevamos a él las velas que habíamos adherido a las rocas más abajo, las situamos con las otras alrededor del nicho y nos dispusimos a descansar un rato porque el lugar estaba completamente seco.

¡Esta es la forma de superar los obstáculos! —dijo Steve triunfante—. Garantizo que nadie ha llegado aquí hasta ahora... por lo menos sin mojarse hasta las rodillas al cruzar la corriente.

Mi atención estaba tan entregada a los adornos naturales del nicho, que apenas oí su observación. Cubrían la mayor parte de los costados y del techo; eran de color carne y asumían la forma de sargas de cuentas, de encaje, de cotas de malla. En muchos lugares se asemejaban fantásticamente a la piel pelada del ganso, y en otros a las barbillas del pavo. Todos estaban decorados con cristales de agua.

¡Bueno! —exclamé—. ¡Me quedaría aquí para siempre!

—Y yo —dijo Steve—, si tuviera suficientes provisiones. Y algunas las vamos a tener ahora mismo.

Desempaquetó el pan, el queso y las manzanas, y rápidamente lo devoramos todo.

Intentamos luego hacer saltar algunos trozos de roca y lo conseguimos muy medianamente. Mientras lo hacíamos, sin embargo, descubrimos algunas piedras llamativas, como puntas de flechas y hachas, en el fondo del nicho; pero estaban parcialmente unidas al suelo por los depósitos calcáreos y no las pudimos extraer.

—Por hoy, la visita ha sido bastante larga —dijo mi primo, incorporándose de un salto al apagarse una de las velas—. Nos quedaremos a oscuras como nos descuidemos y no sería cosa fácil encontrar sin luz el camino de salida.

Recogimos, pues, las velas que quedaban, descendimos del nicho, volvimos a cruzar el lecho seco de la corriente y nos abrimos camino hasta el aire libre, muy complacidos de la aventura y prometiéndonos volver a repetirla sin tardanza. Con este fin, en lugar de sacar las velas no consumidas, dejamos estos objetos en una hornacina oculta cerca de la entrada, bien a mano en cualquier momento.

Después de limpiar de nuestras botas el barro delator, estábamos a punto de entrar en el pueblo, cuando nuestros oídos se sintieron atraídos por una gran conmoción en la carretera de abajo.

—¿Qué es eso? —dije, deteniéndome.

—Me parece que son voces —replicó Steve—. ¡Escucha! Creo que es alguien que se ha vuelto loco. En mi vida había oído a alguien tan enfurecido.

—Acerquémonos —dije yo.

Avanzamos y pronto llegamos a la vista de un individuo que, en medio de la calle, gesticulaba como loco y lanzaba invectivas contra algo no bien claro, dirigiéndose a varios lugareños que se habían reunido en torno suyo.

—¡Vaya; si es el molinero! —exclamó Steve—. ¿Qué le ocurrirá?

No quedamos mucho tiempo en suspenso, porque pronto pudimos oír claramente sus palabras.

—¡Todo el dinero que he enterrado aquí! —decía—. ¡El tiempo..., el trabajo honrado..., todo para nada! ¡La pobreza es lo que me queda! Un mes fue el nuevo par de muelas de piedra; luego la pared de atrás se resquebrajó con el temblor de tierra y hubo que repararla; luego hice un mal negocio con el grano y perdí el dinero... ¡Pero no se puede comparar con esto! ¡Mi oficio entero..., el único sostén de la familia..., todo es ya inútil! ¡Todos estamos arruinados!

—No lo tome así, molinero Griffin —dijo en tono tranquilizador alguien que resultó ser el Hombre que Fracasó—. Tome las duras y las maduras y quizá todo vuelva a ir bien.

—¡Volver a ir bien! —vociferó el molinero—. ¿Cómo puede volver una cosa que se ha ido para siempre? Eso es lo que me gustaría saber, desdichado de mí... ¡oh!, cómo puede...

—Haremos una suscripción para ti —dijo el lechero del pueblo.

—No soy bebedor, no dejo de ir a la iglesia y solo muelo los domingos cuando tengo mucho trabajo; además, pago mis deudas como el que más...

—Sí..., es verdad —confirmaron los otros.

—¡Y ahora verme en la ruina este seis de septiembre, como si fuera un miserable! ¡Ay, mi molino, la rueda de mi molino, que nunca volverá a girar, nunca más!

El molinero puso los brazos sobre el pretil del puente y enterró el rostro en las manos.

—Este desvarío no hace sino empeorar las cosas —dijo el Hombre que Fracásó.

¿Pero quién escucha consejos en semejantes circunstancias?

Para entonces ya nos habíamos acercado, y Steve preguntó:

—¿A qué se debe todo esto?

—El río se ha secado... de repente —dijo el lechero—; por eso el molino ya no volverá a funcionar.

Miré inmediatamente a la corriente, o mejor dicho, a lo que había sido la corriente. Había desaparecido, y la rueda, que tan persistentemente había resonado cuando íbamos hacia la caverna, estaba en silencio.

Steve y yo nos echamos instintivamente a un lado.

—¡El río se ha secado! —susurró Steve.

—Sí —dije yo—. ¿Y no sabes por qué, Steve?

Mi pensamiento volvió al instante hacia nuestra operación en la cueva, con el cambio del curso de la corriente que la había sacado de su cauce, y comprendí enseguida que esa era la causa. El silencio de Steve me demostró que

lo había adivinado igual que yo, y nos quedamos mirándonos consternados.

CAPÍTULO II

separador

DE COMO BRILLAMOS A OJOS DEL PUBLICO

Tan pronto como nos recobramos, nos fuimos alejando y nos acercamos inconscientemente al lecho del río, en cuyos hoyos yacían los cuerpos muertos o moribundos de las lochas, brechas, leuciscus y otros pececillos que antes de nuestra entrada en el Bolsón del Diablo habían nadado alegremente arriba y abajo por la corriente. Más allá vimos grupos de personas que subían a la parte alta del pueblo con cántaros sobre la cabeza y con cubos colgados de yugos que llevaban sobre los hombros.

—¿A dónde van? —preguntó Steve a uno.

—Por agua al pozo de tu madre —fue la contestación—.

El río del que siempre la hemos tomado se ha secado. ¡Pobres de nosotros! No sé cómo nos las vamos a arreglar para vivir, porque es agotador traer el agua de tan lejos para lavar, guisar y beber...

Como se puede suponer, esto me dio más preocupación que antes y le dije precipitadamente a Steve que estaba convencido de que debíamos regresar inmediatamente a la caverna y devolver el agua a su antiguo canal en vista del daño que sin intención habíamos causado con nuestras maniobras.

—Pues claro que vamos a volver... Eso es justamente lo que iba a decir —replicó Steve—. Podemos arreglar la cosa en cuestión de media hora, y el río correrá como siempre. ¡Vaya... ahora te has asustado de lo que ha ocurrido! Ya veo que lo estás.

Le dije que no estaba exactamente asustado, pero que me parecía que habíamos causado una catástrofe muy grave en el pueblo. Habíamos vuelto casi loco al molinero, matado a los peces y angustiado a la pobre gente que pensaba no volver a tener nunca agua suficiente para sus necesidades diarias a menos que la trajeran de lejos.

—Les diremos lo que ha ocurrido —sugerí y luego iremos a la caverna a enderezar la corriente.

—¿Decirles? ¡No lo haré yo! —exclamó Steve—. Volveremos a la cueva y cambiaremos la corriente pero no contaremos nada a nadie. Solo pensarán que todo se ha debido a un temblor de tierra momentáneo o a algo de ese tipo.

Rompió a silbar con vigor y volvimos juntos sobre nuestros pasos.

En pocos minutos encendimos de nuevo luz en la cueva, sacamos de su escondrijo la pala y penetramos en la escena de nuestra hazaña matinal. Steve se puso inmediatamente a la tarea. Haciendo rodar primero unas cuantas rocas grandes hacia la corriente, la regresó con destreza valiéndose de arcilla tomada del otro lado de la cueva. El riachuelo volvió casi inmediatamente a su cauce original.

—Así —dijo mi primo—, está casi como lo vimos la primera vez... Y ahora, vámonos.

No nos demoramos en la cueva, pero cuando salimos al exterior decidimos esperar algún tiempo hasta que los aldeanos descubrieran la restauración de su corriente, para ver el efecto. Nuestra espera fue muy corta porque en rápida sucesión llegaron a nuestros oídos, primero, un grito y luego, el son acompasado de la rueda del molino.

Caminamos entonces con aire despreocupado por la calle del pueblo. El rostro del molinero estaba surcado de